

POLARIZACION, FRAGMENTACION Y COMPETENCIA EN LAS DEMOCRACIAS OCCIDENTALES*

GIOVANNI SARTORI

La cuestión de por qué las democracias tienen éxito, se tambalean y en algunos casos sucumben preocupa todavía a los estudiosos y a los observadores políticos. En la década de 1950 la opinión prevaleciente era que la estabilidad y la fragmentación estaban inversamente relacionadas. Al comienzo de los años setenta, sin embargo, era generalmente aceptado que una democracia podía estar fragmentada y a la vez ser estable.¹ De modo que nos enfrentamos a la pregunta si la "fragmentación" tiene valor explicativo, y, en última instancia, si entendemos por qué algunas democracias son viables en tanto que otras no. El problema con la "ley" según la cual la fragmentación es conducente a una democracia inestable o que no funciona, era, para empezar, que no podíamos decidir cuál era la fragmentación que importaba, ni cómo medir el fenómeno. Cuando revisamos la literatura en cuestión encontramos referencias ya a fragmentación cultural, fragmentación de partidos² o fragmentación no especificada. Además, la relación entre fragmentación y la viabilidad de un sistema democrático se complica a menudo por la inclusión en el argumento de otras variables tales como la estructura de las divisiones.

En este capítulo examinaremos estas materias sobre la base de los resultados de estudios de opinión pública recientemente realizados en 11 democracias occidentales que atañen (1) a la fragmentación de sus sistemas de partidos, y (2) al grado de polarización o de no polarización, que presentan en general sus respectivos espectros políticos. El grueso de nuestra evidencia procede del Estudio de ocho naciones: Austria, Italia, Finlandia, Alemania, Holanda, Suiza, el Reino Unido y Estados Unidos.³ Los datos de Bélgica y

* Con Giacomo Sani, Ohio State University. Reconozco con gratitud su permiso para reproducir este escrito a mi nombre.

¹ El desafío a la opinión anterior vino especialmente de A. Lijphart (1968a, b). Pero véase ahora Lijphart (1977a).

² El énfasis inicial y principal de Almond se situaba en la fragmentación cultural (Almond 1956), pero, como Lijphart nota, "en sus escritos... Almond implícitamente acepta la congruencia entre su propia tipología... y la tipología basada en el número de partidos" (Lijphart 1977a, p. 13).

³ El Estudio de Ocho Naciones está basado en encuestas (con cuestionarios similares) efectuadas entre 1973 y fines de 1976. Un primer análisis completo de los hallazgos en Austria, Holanda, el Reino Unido, Estados Unidos

Francia derivan del *Eurobarometer Survey*⁴ de 1976, y los de España se basan en los resultados de encuestas del año 1979.⁵ En esencia, analizaremos estas estructuras políticas desde el punto de vista de sus grados de fragmentación y polarización para mostrar que:

a) Los sistemas de partidos en cuestión varían considerablemente tanto en términos de fragmentación como de polarización.

b) El grado de fragmentación de un sistema no es una indicación segura de su polarización; y, más específicamente;

c) Algunos sistemas fragmentados exhiben grados de polarización aproximadamente similares a aquellos de sistemas con poco o nada de fragmentación;

d) Las estructuras en las cuales la democracia ha funcionado relativamente bien a pesar de la fragmentación de los sistemas de partidos son también aquellas caracterizadas por bajos o moderados grados de polarización;

e) Resulta dudoso que el experimento de "democracia consociativa" pueda tener éxito en sistemas de alta polarización.

La dimensión que hemos usado para evaluar el grado de polarización de los sistemas de partido es el continuo de izquierda a derecha. Más específicamente, nos hemos atenido a la autoubicación de los simpatizantes de los distintos partidos políticos sobre una escala de diez puntos. De esta manera evaluamos la polarización al nivel de la masa. Estamos muy conscientes que las percepciones de la élite tienen una igual, y tal vez mayor, importancia, y que el nivel de polarización entre las élites políticas generalmente difiere de aquel que se obtiene al nivel de la masa. Respecto de los dos niveles, por ejemplo, los hallazgos de Converse en Francia indican que "los miembros de la élite tienden a hacer distinciones más agudas entre los partidos... que las que hace la masa... (y) que hay mucha más dispersión de opinión subyacente en la valoración de la masa que la que se encuentra en el sector de la élite". Con todo, Converse concluye que el "votante común sitúa los asuntos más importantes de su sistema de partido en términos de izquierda-derecha de maneras que calzan con los juicios de la élite con una

y Alemania Federal se encuentra en Barnes, Kaase et al. (1979). Un segundo volumen que cubre la totalidad de los ocho países será editado por P. Pesonen y H. Kerr. La distribución para la comunidad universitaria del libro de código y el conjunto de datos es responsabilidad conjunta de Zentralarchiv für empirische Sozialforschung, Universidad de Colonia (Bachemerstr. 40, D-5000 Colonia, GFR) y el Inter-University Consortium for Political and Social Research (Ann Arbor, Michigan).

⁴ *Eurobarometer Survey*, N° 6, Octubre-Noviembre 1976. Como se verá, los hallazgos del *Eurobarometer* son perfectamente comparables a los del Estudio de Ocho Naciones en nuestras variables. También haremos uso del *Eurobarometer Survey* para interpretar la dimensión izquierda-derecha.

⁵ La investigación fue dirigida por C. Andersen, R. Gunther, G. Sani y G. Shabad. Algunos de los hallazgos preliminares están informados en Sani (1979).

aproximación notable. (Converse 1975a pp. 54, 53). Y la conclusión de Converse puede generalizarse sobre la base de evidencia adicional extraída de una cantidad de otros países europeos. Difícilmente puede dudarse, entonces, que la polarización entre la masa del público sea un importante elemento componencial de las tensiones (o falta de tensiones) que caracterizan a las democracias, y que las élites están, por decir lo menos, condicionadas por el grado de polarización que detectan al nivel de masa.

El punto preliminar es, por supuesto, si la imagen espacial representa una dimensión significativa a los ojos de la masa del público en un número de países diferentes. Los estudiosos de Estados Unidos tienden a desestimar la importancia de la distinción izquierda-derecha en el supuesto que, antes que nada, es la distinción liberal-conservador la que parece ser la más significativa y más notoria para los votantes de Estados Unidos.⁶ En una vena similar, Butler y Stokes argumentan con respecto a Inglaterra que "la teoría según la cual los votantes escogen entre los partidos sobre la base de las distancias de sus propias posiciones a lo largo de un espectro izquierda-derecha está muy lejos de describir la manera como el grueso de los electores británicos hace su elección" (Butler y Stokes 1969, p. 212).⁷ Sin embargo, debería tenerse en cuenta que estas interpretaciones se relacionan con casos de bipartidismo, es decir, con sistemas de partido (comparativamente) muy simples. ¿Qué sucede con los sistemas de partido más fragmentados y complicados? Desde una perspectiva comparativa amplia, la hipótesis que se ha propuesto es que "las percepciones de posición se vuelven más útiles y, por último, inevitables, a medida que el número de partidos aumenta. . . (y que) un espacio izquierda-derecha es más probable (como un espacio estructurante real) a medida que pasamos de una política pragmática a una ideológica" (Sartori, 1976, p. 341 y Cap. 10 *passim*). La hipótesis también nos permite trabajar desde el multipartidismo hasta el bipartidismo, y por tanto, escapar del localismo en que nos sume el bipartidismo. Por ejemplo, si volvemos a observar la evidencia norteamericana y británica desde un punto de vista "exterior", la pregunta que interesa es: ¿De qué manera una estructura no espacial caracteriza a una sociedad? Por ejemplo, si es verdad que las materias tienen una importancia relativamente mayor y más presencia en la política norteamericana que en una cantidad de países europeos, la explicación puede estar en que la política de discusión de materias (*issue politics*) y la política ideológica (llevada a cabo en términos de izquier-

⁶ La extensa literatura sobre el punto es revisada y discutida por G.M. Pomper, R. W. Boyd, R. A. Brody, B. I. Page y J. H. Kessel, en *American Political Science Review*, vol. 66, Junio 1972, pp. 415-70. Véase también Nie, Verba y Petrocik (1976), y Converse (1975, esp. pp. 98-111).

⁷ Este planteamiento es desafiado, sin embargo, por Crewe (1976).

da-derecha) co-varían negativamente. Aunque así fuera, aquí el punto es simplemente que, desde una perspectiva comparativa, la ausencia de una característica —como la percepción espacial de la política— puede ser tan significativa como su presencia.

De seguro, lo anterior no resuelve varias otras cuestiones. Como se presenta, nuestra evidencia sólo indica que, en todos los países en consideración, muestras de personas encuestadas están dispuestas, y son aparentemente capaces de hacerlo, a ubicarse en un continuo izquierda-derecha en porcentaje satisfactorio (67.6 es el porcentaje más bajo de respuestas en el Estudio de las Ocho Naciones, y uno sorprendentemente alto si se considera que es el de Estados Unidos). Las preguntas importantes que subyacen son, primero, ¿cuál es la capacidad de movilidad trans-cultural de la imagen izquierda-derecha, y segundo, ¿qué hacemos con su inevitable relatividad contextual? La equivalencia trans-cultural constituye un problema general de todos los análisis comparativos; con todo, parece que estamos mejor —en términos de movilidad— con “izquierda-derecha” que con “liberal-conservador”.⁸ En cuanto al asunto de la relatividad —cuánto a la izquierda es “izquierda” o, al contrario, cuánto a la derecha es “derecha”— debería quedar claro que en nuestro análisis el problema se minimiza por el hecho que la preocupación primaria consiste en la comparación de grupos de partidarios dentro de sus respectivos países. Por consiguiente, no se necesita hacer ninguna presunción acerca de la equivalencia de la escala izquierda-derecha en países diferentes.⁹

1. *El contenido significativo de izquierda-derecha*

¿Qué justifica las ubicaciones izquierda-derecha como la mejor manera de medir la polarización? Esta cuestión requiere que preguntemos: ¿qué proponen esas percepciones izquierda-derecha? El razonamiento que subyace a nuestra elección es el siguiente. En

⁸ Nótese que “liberal” ha llegado a tener un significado *sui generis* en EE. UU. que no encuentra equivalente en Europa, y, además, que los “partidos liberales” a lo largo del mundo definitivamente no pueden ser clasificados juntos. Dificultades similares aparecen cuando “liberal” es substituido —en el modelo Westminster— por “laborista”.

⁹ Una comparación directa de cifras izquierda-derecha a lo largo de los países caería, de seguro, de lleno en el asunto de la relatividad. Sin embargo, aunque éste sea el caso, el problema es tal vez menos peliagudo de lo que uno podría suponer. Por ejemplo, Inglehart y Sidjanski encuentran sorprendentes similitudes al comparar las ubicaciones izquierda-derecha dadas a partidos específicos por los electorados italiano, francés, alemán y suizo: en una escala de 0 a 100, los valores de los cuatro partidos comunistas varían entre 12 y 15; los valores de los partidos socialistas entre 33 y 35; mientras que en el extremo derecho, los neo-fascistas italianos obtienen 78, y los neo-nazis alemanes (Nacional Demócratas) 79 (Inglehart y Sidjanski 1974, Tabla 3, p. 1009).

cualquiera sociedad la distancia que separa a los distintos grupos de partidarios es el resultado de diferencias en una variedad de dimensiones. Además, las esferas de las materias relevantes no necesitan ser las mismas en cada país; por lo muy menos, el peso de las dimensiones de conflicto probablemente varía considerablemente de una sociedad a otra. Para superar este problema necesitamos una norma (*yardstick*) capaz de reflejar, aunque sea imperfectamente, las diferencias mayores entre adherentes de distintos partidos y, al mismo tiempo, que ésta sea lo bastante general como para permitir una comparación que tenga sentido. Nuestro argumento consiste en que la ubicación de los votantes en izquierda-derecha nos puede procurar tal norma (*yardstick*). En forma más precisa, sostenemos que la identificación izquierda-derecha comporta un contenido de actitud relacionado con la discusión de materias.

Datos extraídos del *Eurobarometer* de 1976 indican que las ubicaciones izquierda-derecha se asocian con posiciones en lo que podríamos llamar la esfera igualdad-social / cambio-social. Como se observa en la tabla 11.1, el porcentaje de votantes que acentúa fuertemente la cuestión de la desigualdad disminuye en forma muy regular en la totalidad de los seis países considerados en ese estudio a medida que nos movemos de posiciones izquierdistas a derechistas. Las diferencias entre los cinco grupos son más dramáticas en algunos países que en otros, y en algunos casos la tendencia es menos suave. Sin embargo, queda claro que la clasificación izquierda-derecha capta, al menos en parte, las diferencias de sentirse en la cuestión de la desigualdad.

Una evidencia paralela y aún más categórica la entrega el análisis de la percepción de los votantes sobre el tipo de cambio necesario en sus sociedades ("cambio radical", "reformas", "statu quo"). Las cifras de la tabla 11.2 indican que en todos los países el porcentaje de aquellos que favorecen el cambio drástico disminuye fuertemente a medida que nos movemos de izquierda a derecha, en tanto que, a la inversa, el porcentaje a favor de la mantención del statu quo aumenta gradualmente. Esto difícilmente constituye un descubrimiento asombroso, pero apoya nuestro argumento de que las identificaciones izquierda-derecha tienen un contenido de discusión de materias.

La justicia social no es la única dimensión captada por la imagen izquierda-derecha. Evidencia aportada por el mismo estudio muestra que las ubicaciones izquierda-derecha están también significativamente relacionadas con la actitud de los votantes hacia las grandes potencias mundiales. El nivel de confianza de los votantes de Europa Occidental hacia Estados Unidos y la Unión Soviética está resumido en la figura 11.1. Como podemos ver, los sentimientos positivos hacia los rusos declinan sostenidamente a medida que nos movemos del grupo de los que se identifican con la izquierda hacia los que se identifican con el centro y la derecha.

TABLA 11.1

La importancia de reducir la desigualdad y las ubicaciones izquierda-derecha de los votantes

	<i>Ubicaciones izquierda-derecha*</i>				
	<i>Izquierda</i>	<i>Centro-Izquierda</i>	<i>Centro</i>	<i>Centro-Derecha</i>	<i>Derecha</i>
	%	%	%	%	%
Bélgica	62.0 (71)	45.5 (110)	50.7 (294)	34.1 (223)	41.5 (130)
Francia	85.1 (148)	68.7 (348)	52.9 (403)	42.6 (249)	22.2 (45)
Italia	75.1 (180)	67.2 (217)	54.0 (296)	54.5 (93)	67.2 (65)
Holanda	64.4 (87)	56.9 (202)	41.6 (310)	33.0 (279)	32.1 (162)
Reino Unido	43.8 (48)	30.2 (116)	18.4 (337)	15.1 (271)	10.7 (103)
Alemania Occidental	50.0 (36)	47.0 (230)	32.6 (322)	23.1 (255)	36.7 (109)

* Las cifras corresponden al porcentaje, en cada grupo identificado a lo largo del continuo izquierda-derecha, de los que creen muy importante reducir las desigualdades de riqueza. El número de casos en cada grupo se indica entre paréntesis.

Fuente: *Eurobarometer*, 1976.

La tendencia con respecto a los sentimientos hacia EE. UU. es menos pronunciada, pero también aquí encontramos diferencias en la dirección esperada. Para ser breves, parece algo seguro decir que las ubicaciones izquierda-derecha reflejan también la posición del votante en esta dimensión Este-Oeste de política internacional.

TABLA 11.2

Actitudes hacia el cambio y ubicaciones de izquierda-derecha de los votantes

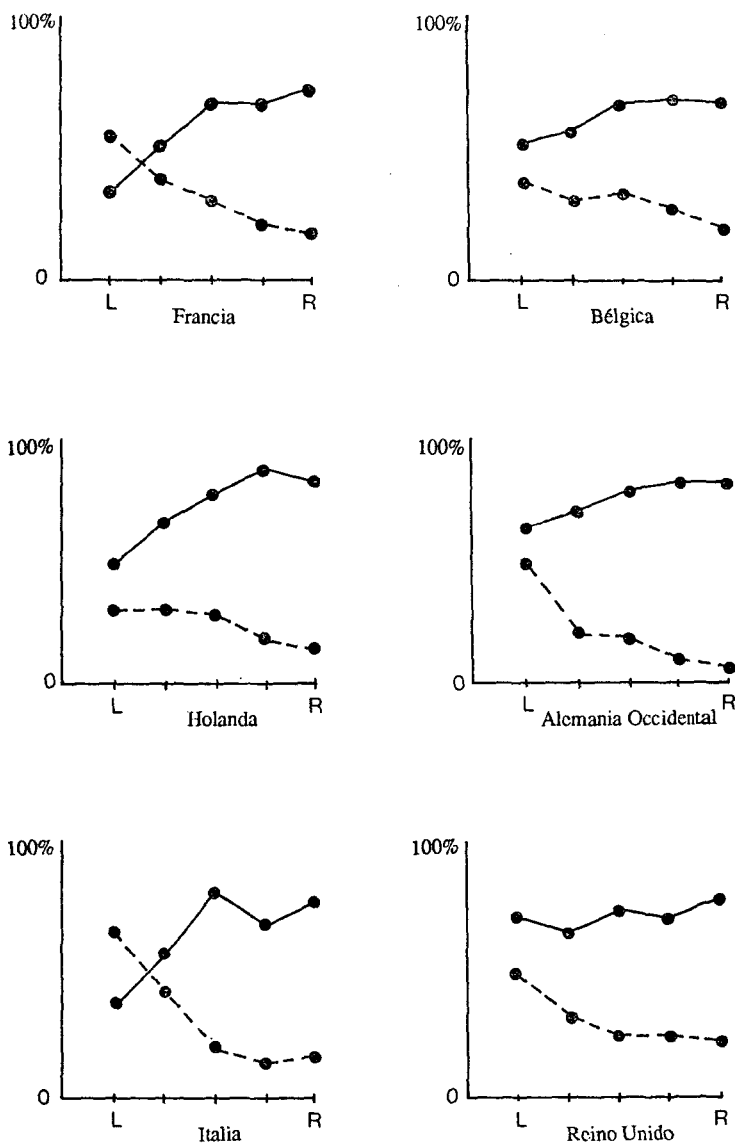
	<i>Ubicaciones izquierda-derecha*</i>				
	<i>Izquierda</i>	<i>Centro-Izquierda</i>	<i>Centro</i>	<i>Centro-Derecha</i>	<i>Derecha</i>
Bélgica					
Cambio radical	16.4	10.0	2.8	3.8	3.9
Status quo	14.9 (67)	12.7 (110)	20.8 (289)	21.3 (211)	28.7 (129)
Francia					
Cambio radical	67.1	19.0	3.0	1.1	—
Status quo	8.6 (140)	8.7 (332)	17.2 (402)	31.3 (262)	51.2 (43)

	<i>Ubicaciones izquierda-derecha*</i>				<i>Derecha</i>
	<i>Izquierda</i>	<i>Izquierda</i>	<i>Centro</i>	<i>Centro-Derecha</i>	
Italia					
Cambio radical	34.8	11.4	4.7	13.1	17.5
Status quo	11.4	14.8	21.6	27.3	25.4
	(184)	(229)	(320)	(99)	(63)
Holanda					
Cambio radical	25.6	4.7	4.9	1.8	3.1
Status quo	11.0	25.7	46.6	46.3	51.4
	(82)	(191)	(305)	(275)	(159)
Reino Unido					
Cambio radical	20.9	5.2	6.8	7.0	9.8
Status quo	25.6	11.3	22.9	33.9	46.4
	(43)	(115)	(340)	(271)	(112)
Alemania Occidental					
Cambio radical	29.7	2.3	0.6	0.4	3.7
Status quo	21.6	27.5	34.1	39.3	49.1
	(37)	(218)	(313)	(246)	(107)

* Las cantidades corresponden a porcentajes de encuestados que favorecen el cambio radical o la mantención del statu quo en cada grupo identificado a lo largo del continuo izquierda-derecha.

FIGURA 11.1

Nivel de confianza en los rusos (línea quebrada) y en los norteamericanos (línea sólida), y ubicaciones de los votantes izquierda-derecha.



En el eje Y: porcentaje 'confiable' o 'muy confiable'; en el eje X: grupos de identificados izquierda-derecha.

Fuente: Eurobarometer 1976

Una tercera dimensión de la cual encontramos ecos en las puntuaciones izquierda-derecha es la dimensión religiosa. Esto ha sido ampliamente documentado en una cantidad de estudios previos (por ejemplo, Inglehart y Klingemann 1976), por lo que no se requiere mayor evidencia adicional. La tabla 11.3 contiene información del *Eurobarometer* de 1976 respecto de la importancia que los votantes conceden a la religión y el nivel de práctica religiosa. Los números confirman en cinco de los seis países las diferencias en sentimientos religiosos y práctica entre grupos de votantes con diferentes identificaciones izquierda-derecha; y los hallazgos en parte divergentes de la muestra británica no son en absoluto una sorpresa.

El Estudio de las Ocho Naciones entrega evidencia adicional para cuatro de los cinco países recientemente considerados, y nos proporcionó información acerca de otras tres democracias europeas: Austria, Finlandia y Suiza. Este segundo cuerpo de datos confirma la conexión entre la esfera de la igualdad y las ubicaciones izquierda-derecha encuestadas; los datos muestran, además, que la relación también se mantiene con respecto a la importancia de otro aspecto de la igualdad, aquélla entre hombres y mujeres (véase la tabla 11.4). Tal vez sea más interesante otro hallazgo del Estudio de las Ocho Naciones: la ubicación izquierda-derecha parece relacionarse de una manera aceptablemente sistemática con la actitud de los votantes hacia grupos políticamente significativos. Los puntajes de simpatía para grupos tales como "sindicatos", "clero", "policía", "grandes empresas", "movimientos femeninos", "protesta de estudiantes", y "grupos revolucionarios" medidos a través de un termómetro de sentimiento estándar —parece variar como una función de la identificación izquierda-derecha de los encuestados. Resulta evidente a partir de las figuras 11.2, 11.3 y 11.4 que hay considerables variaciones en intensidad de sentimiento de un país a otro. Es también evidente que las respuestas de los votantes a los mismos grupos representan en parte una reacción específica de un país hacia estímulos que, por razones históricas e institucionales, tienen y han tenido una significación diferente en cada escenario. Pero a pesar de las peculiaridades de las distribuciones de cada país, permanece como algo por lo general cierto que las actitudes hacia esos grupos aumentan o decrecen, de una manera significativa, a medida que nos movemos hacia los segmentos de izquierda o de derecha del espectro. Una vez más, la posición del encuestado en el continuo parece tener un contenido significativo de discusión de materias.

Las consideraciones anteriores se aplican igualmente bien, si no aún mejor, a España. Un análisis de los datos del estudio sobre España de 1979 indica que las ubicaciones izquierda-derecha de los encuestados están correlacionadas a la religiosidad (Pearson's r 0.52), a actitudes hacia las grandes empresas (0.41), y también a la autonomía regional versus el tema del centralismo (0.44).

Para terminar este panorama, debemos subrayar que no estamos pretendiendo que la variedad de dimensiones de conflicto relevante en los distintos países pueda ser reducida a una sola dimensión sin que ello signifique una pérdida. Con toda claridad, si estamos interesados en una esfera particular es probable que lo hagamos mejor si usamos indicadores más específicos y directos. Lo que estamos aseverando es que la vara izquierda-derecha refleja bastante bien las posiciones de los votantes en algunos de las esferas de mayor conflicto y reproduce en buena medida el sentir de los votantes respecto de cuestiones políticas significativas. Y puesto que su adopción no sólo simplifica el análisis sino que también refuerza la comparatividad, nos parece que las ventajas de confiar en esta medida sobrepasan largamente a sus inconvenientes.

TABLA 11.3

Percepciones sobre la importancia de la religión, nivel de práctica religiosa, y ubicaciones izquierda-derecha de los votantes.

	Izquierda	Auto-ubicaciones			Derecha
		Centro-Izquierda	Centro	Centro-Derecha	
Bélgica					
a (Religión muy importante)	21.2	19.0	24.8	27.2	50.0
b (Práctica religiosa semanal)	30.3	29.7	38.0	62.8	61.0
Francia					
a	13.8	15.7	24.3	34.6	53.8
b	6.5	12.0	20.1	30.7	23.1
Italia					
a	13.1	12.1	31.1	21.2	46.4
b	17.6	24.0	52.2	34.7	50.0
Holanda					
a	27.3	24.0	27.4	38.6	55.0
b	27.2	27.9	38.9	50.7	69.8
Reino Unido					
a	4.4	38.5	30.3	37.4	51.3
b	7.2	25.3	22.2	22.5	29.3
Alemania Occidental					
a	—	3.0	11.2	10.9	19.3
b	18.2	17.7	25.7	33.1	41.2

* Las cifras son porcentajes que indican que la religión es "muy importante" (a) o que se va a la iglesia al menos una vez por semana (b) dentro de cada grupo de personas que se identifican a lo largo del continuo izquierda-derecha. El número de casos en cada subgrupo es similar a los dados en las tablas 11.1 y 11.2.

Fuente: *Eurobarometer* 1976.

TABLA 11.4
 Importancia de alcanzar igualdad
 y auto-ubicación de los votantes, por país

	Austria	Finlandia	Italia	Holanda	Suiza	R. Unido	Alemania
<i>Reducción de diferencias de riqueza*</i>							
Grupo más a la izquierda	47.1 (70)	63.3 (158)	66.0 (350)	70.7 (123)	80.9 (47)	48.4 (124)	65.8 (76)
Grupo más a la derecha	13.2 (168)	10.3 (117)	23.1 (65)	28.8 (118)	40.2 (107)	21.4 (154)	37.0 (181)
<i>Igualdad de derechos entre hombres y mujeres</i>							
Grupo más a la izquierda	40.0 (70)	50.9 (161)	52.5 (354)	60.7 (122)	61.7 (47)	35.7 (129)	49.4 (77)
Grupo más a la derecha	30.8 (160)	30.5 (118)	27.7 (65)	33.1 (118)	38.3 (107)	21.7 (157)	38.8 (183)

* Las cifras son porcentajes de los que creen que reducir la diferencia de riqueza o lograr la igualdad es muy importante dentro de los dos grupos extremos de personas que se identifican a lo largo del continuo izquierda-derecha. El número de casos en cada grupo está entre paréntesis.

Fuente: Estudio de Ocho Naciones.

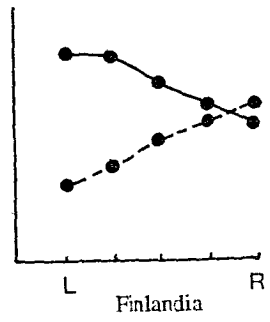
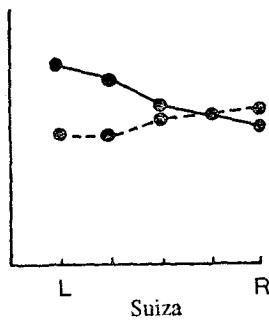
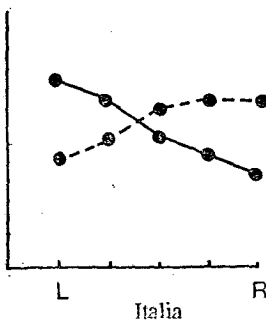
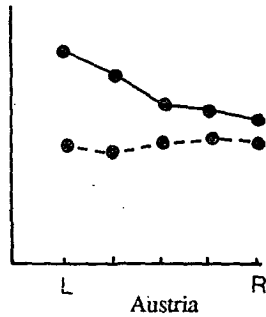
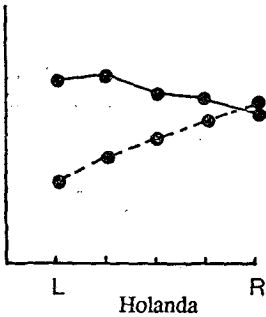
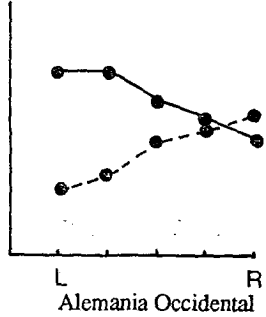
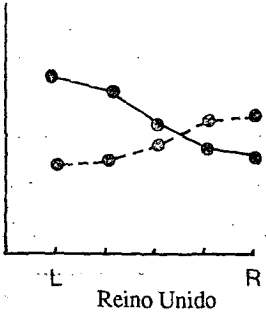
2. El grado de polarización

Podemos tratar ahora el asunto de la polarización. La polarización puede ser evaluada de diversas maneras: como las distancias y contigüidades percibidas por las élites políticas, generalmente legisladores, en términos de cuán cercanos, o a la inversa, cuán distintos sienten que son los otros partidos;¹⁰ o como la distancia resultante de un análisis de contenido de las plataformas electorales y/o posturas ideológicas de los partidos. Como sabemos, nuestro análisis toca el nivel de la masa. Las preguntas son: ¿difieren en forma importante en el grado de polarización los sistemas que se consideran? Si es así, ¿existen grupos claramente identificables de países? ¿Y presentan también estos grupos diferencias en términos de fragmentación de sus respectivos sistemas?

¹⁰ Véase, por ejemplo, Daalder y Rusk (1972). Medidas similares existen para Finlandia y Francia (Converse 1966b); Noruega (Converse y Vaien 1971); Dinamarca (Pedersen, Damgaard y Olsen 1971; Damgaard y Rusk 1976), y Bélgica (Frogner 1976).

FIGURA 11.2

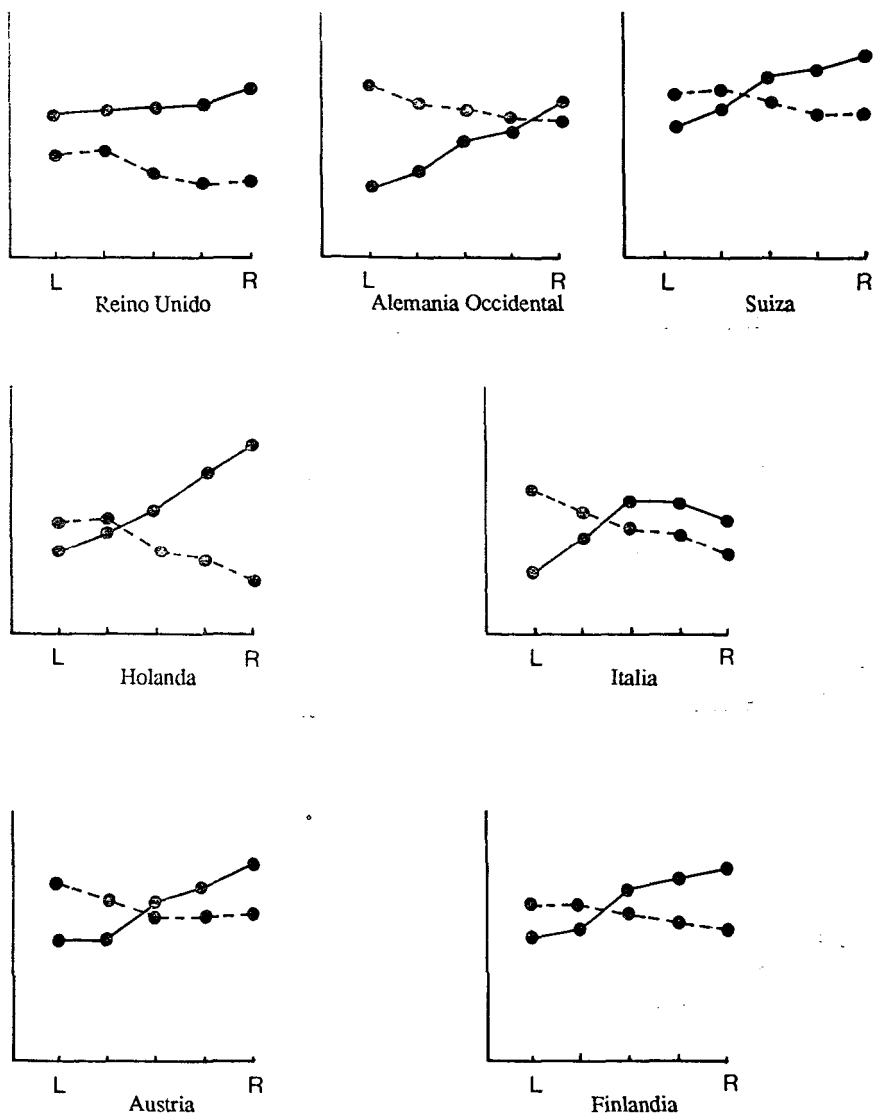
Opinión (*feelings*) acerca de los sindicatos (línea sólida), grandes empresas, y ubicaciones izquierda-derecha de los votantes.



Fuente: Estudio de Ocho Naciones.

FIGURA 11.3

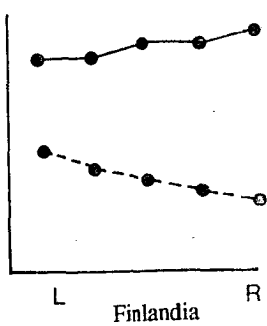
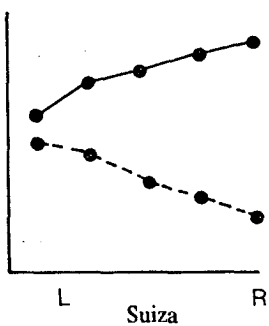
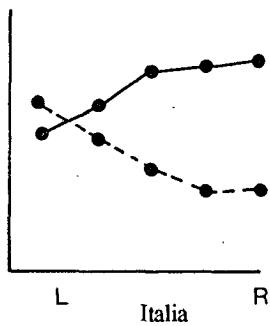
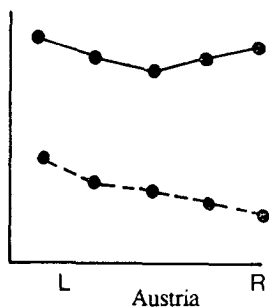
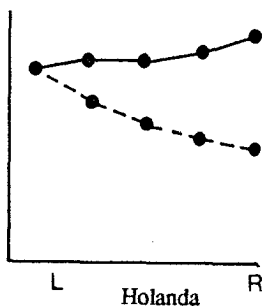
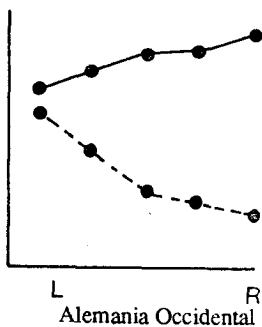
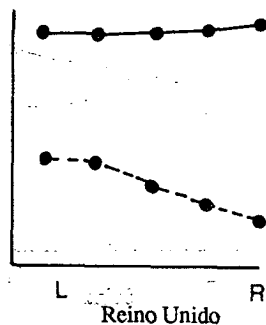
Opinión (*feelings*) acerca del Clero (línea sólida), movimientos femeninos, y ubicación izquierda-derecha de los votantes.



Fuente: Estudio de Ocho Naciones.

FIGURA 11.4

Opinión (*feelings*) acerca de la policía (línea sólida), protestas de estudiantes, y ubicación izquierda-derecha de los votantes.



Fuente: Estudio de Ocho Naciones.

El grueso de nuestro análisis descansa en las distribuciones izquierda-derecha de los simpatizantes de los diferentes partidos, como se observa en la tabla 11.5. Como podrá notar el lector, hemos omitido de la tabla una cantidad de partidos pequeños para los cuales el número disponible de casos para el análisis era insuficiente.¹¹ Esto no representa ninguna pérdida, puesto que los partidos en cuestión eran también aquellos que son irrelevantes desde un punto de vista sistémico. Pero establezcamos este punto preliminar —que es actualmete uno muy debatido— en su integridad y en términos de principio.

En la mayoría de los países no sucede que todos los partidos (aun cuando ganen acceso a la representación) tengan peso sistémico. En Estados Unidos un tercer partido nunca ha afectado al sistema político. En todas las sociedades políticas llamadas multipartidistas encontramos “partidos menores” que tanto los políticos como los comentaristas políticos consideran que son irrelevantes, que no cuentan para nada: sus nacimientos, existencias y desapariciones no dejan trazos detectables sobre cómo actúa de hecho la sociedad. Los cientistas políticos ora han establecidos umbrales arbitrarios de irrelevancia (por ejemplo, bajo el 3 por ciento del resultado de las urnas), o han simplemente evadido el problema. Pero ninguna de las soluciones convence. Los umbrales de irrelevancia a priori se muestran insensibles al hecho que la relevancia de un partido está determinada mucho menos por su fuerza numérica (ya sea en votos o en escaños) que por su *valor posicional* precisamente a lo largo del espectro izquierda-derecha. En cuanto a la no-solución de considerar a todos los partidos por su valor nominal, y en rigor por su valor en el papel, ello sólo puede generar el peor tipo posible de error comparativo— el error de lo no sistemático. Si se considera a partidos “irrelevantes” de poco o nada peso sistémico, la inevitable implicación es que se asume que ellos cuentan (substancialmente), por ejemplo, para jugar un rol sistémico que de hecho no juegan.

Las consideraciones anteriores equivalen a decir que si el despliegue de ubicaciones izquierda-derecha encuestadas en la masa ha de ser calibrado en forma significativa y real con el sistema de partidos y con el comportamiento resultante del país, entonces debe ser aplicado a los *partidos relevantes*. Esto implica que nos guíemos por “reglas para contar” que diferencien entre partidos relevantes e irrelevantes. Necesitamos “reglas” (no estimaciones

¹¹ Para ejemplificar, en las últimas elecciones incluidas en Mackie y Rose (1974), el número de partidos realmente representados (con al menos un escaño) en el parlamento en cada uno de nuestros países es el siguiente: Austria, 3; Bélgica, 7; Finlandia, 8; Francia (1973), 9; Italia, 8; Holanda, 14; Suiza, 10; Reino Unido, 6; Estados Unidos, 2; Alemania Occidental, 3. En cuanto a España, en la elección de 1977, muchos partidos estaban en coalición electoral, y los cálculos varían así de un mínimo de 6 a 10.

ad hoc), porque éste es el requisito previo a los tratamientos comparativos; y necesitamos reglas que "cuenten" a los partidos que en verdad cuentan. Esta es, entonces, la razón fundamental para las inclusiones/exclusiones de partidos en nuestro análisis.¹²

Si volvemos a la tabla 11.5, una primera consideración consiste en que, con respecto al ordenamiento de los partidos, los valores se conforman a las expectativas. Los adherentes a los partidos clasificados como de izquierda o de derecha tienen ubicaciones congruentes con estas identificaciones. Además, los así llamados partidos centristas (UCD en España, KES en Finlandia, CDP en Francia y DC en Italia), muestran una concentración similar y más bien densa en el segmento central del espectro. Lo que es importante de considerar, sin embargo, es que las distribuciones indicadas en la tabla 11.5 son en verdad muy diferentes. Para evaluar estas diferencias podemos recurrir a tres medidas:

1) El grado en el cual los electorados de diferentes partidos ocupan las mismas ubicaciones espaciales (izquierda-derecha). Es decir, podemos evaluar la *superposición* de dos grupos cualesquiera de partidarios al comparar el porcentaje de casos que caben en cada uno de los cinco segmentos del continuo. Esto se hace dividiendo la suma (absoluta) de estas diferencias por el máximo teórico (que es 200, puesto que cada hilera amonta a 100), y restando esta cantidad de 1;

2) El grado en el cual la distribución de dos grupos cualesquiera de partidarios se diferencian ordinalmente a lo largo de la dimensión izquierda-derecha. Llamaremos a esta medida "*similitud ordinal*". En analogía con la lógica de algunas medidas ordinales de asociación nuestra segunda medida es igual a la proporción de pares de partidarios (de dos grupos cualesquiera) que están "empatados" o en el orden "equivocado". Esta técnica difiere de la primera en que toma en cuenta las propiedades ordinales de la distribución y el tamaño de los grupos comparados;

3) La *distancia* entre dos grupos cualesquiera de partidarios, en tanto que medida por la diferencia (absoluta) entre sus medias de auto-ubicación divididas por el máximo teórico, que, para la escala izquierda-derecha en cuestión, es 9.

Sobre la base de estas medidas, preguntamos ahora: ¿cuáles son, en cada uno de nuestros países, los grupos menos superpuestos, similares-disímiles, y más distantes? ¿Y cuánto difieren? La identificación de tales grupos en cada país es directa, como lo muestran los valores de nuestras tres medidas en la tabla 11.6. Muy claramente todas las medidas convergen en ordenar dos agrupamientos de sistemas. El primer agrupamiento incluye siete países en los cuales la superposición entre el partido más a la izquierda y el

¹² Su apuntalamiento está dado, a su vez, por las reglas para contar propuestas por Sartori (1976, esp. pp. 121-22).

TABLA 11.5

Auto-ubicaciones de los votantes en el continuo izquierda-derecha por país y preferencia de partido.

País	Auto-ubicaciones*					N	Media
	Izquierda	Centro Izquierda	Centro	Centro Derecha	Derecha		
Estados Unidos							
Demócratas	5.1	16.9	49.2	20.6	8.1	602	5.7
Republicanos	2.7	7.1	47.6	30.4	12.2	368	6.4
Suiza							
Social Dem. (PS)	5.6	46.6	32.7	12.0	3.2	251	4.7
Independientes (AI)	—	24.1	55.2	19.0	1.7	58	5.5
Granjeros (UDC)	1.3	6.5	49.4	32.5	10.4	77	6.4
Demócratas Radicales (RD)	—	6.9	47.4	33.7	12.0	175	6.6
Católicos (PDC)	1.8	8.0	31.0	35.4	23.9	113	7.1
Alemania Occidental							
Social. Dem. (SPD)	6.1	44.9	38.6	8.9	1.4	621	4.5
Liberal (FDP)	1.8	17.1	57.7	18.9	4.5	111	5.8
Democracia Cristiana (CDU-CSU)	0.4	3.3	37.2	40.7	18.4	691	7.0
Austria							
Socialistas (SPO)	10.2	37.7	30.5	14.3	7.4	462	4.9
Católicos (OVP)	0.6	3.0	23.9	44.8	27.8	335	7.6
Bélgica							
Socialista (PSB-BSP)	21.3	25.8	31.0	16.1	5.8	155	4.6
Liberal (PLP-PVV)	—	16.1	42.5	23.0	18.4	87	6.4
Volkunie S. Cristiano (PSC-CVP)	2.8	4.0	28.3	35.2	29.6	247	7.3
Reino Unido							
Laborista	18.1	33.7	36.3	7.6	4.3	463	4.4
Liberal	3.5	16.5	60.4	17.7	2.4	164	5.6
Conservador	1.6	3.8	29.3	43.3	22.0	450	7.2
Holanda							
Laborista (PvdA)	16.4	43.4	27.7	8.8	3.8	318	4.2
Católico (KVP)	1.4	6.3	38.9	35.4	18.1	144	6.9
Liberal (VVD)	1.1	7.8	31.8	48.0	11.2	179	6.8
Anti-Rev. (ARP)	—	10.9	21.8	49.1	18.2	55	7.0
Cr.-Hist. (CHU)	1.7	—	29.3	51.7	17.2	58	7.2

TABLA 11.5 (continuación)

País	<i>Auto-ubicaciones*</i>					N	Media
	Izquierda	Centro Izquierda	Centro	Centro Derecha	Derecha		
España							
Comunista (PCE-PSUC)	40.1	52.0	6.1	1.8	—	327	2.7
Socialista (PSOE)	9.5	62.7	25.0	2.2	0.7	1040	3.9
Centro (UCD)	0.8	3.8	71.0	19.0	5.4	1387	5.9
Coal. Dem. (CD)	—	7.1	31.7	43.8	17.4	140	7.0
Francia							
Comunista (PCF)	65.8	29.3	3.6	1.2	—	82	2.2
Socialista (PSF)	11.7	60.2	24.3	3.6	0.2	420	3.8
Centro (CDP)	—	6.6	65.4	27.2	0.7	136	5.3
Indep. Rep. (RI)	0.5	1.7	40.3	48.7	8.8	181	6.8
UDR (Gaullistas)	—	0.7	25.4	58.9	15.0	153	7.3
Italia							
Comunista (PCI)	54.5	35.7	9.8	—	—	356	2.5
Socialista (PSI)	25.7	50.3	21.5	2.6	—	181	3.7
Soc. Dem. Rep. (PSDI-PRI)	7.6	29.1	53.2	10.1	—	79	4.8
Demócrata Cristiano (DC)	0.9	9.9	64.3	18.0	6.9	333	5.9
Liberal (PLI)	—	3.3	56.7	30.0	10.0	30	6.5
Neo Fascista (MSI)	—	2.0	14.3	32.7	51.0	49	8.3
Finlandia							
Comunista (SKDL)	65.9	25.6	7.0	0.8	0.8	129	2.3
Social. Dem. (SDP)	11.9	59.2	25.0	3.3	0.6	360	3.9
Centro (KES. Agr.)	—	4.8	64.8	24.1	7.0	199	6.3
Pueblo Libre (LKP)	2.2	4.4	53.3	33.3	6.7	45	6.3
Conservador (KK)	0.7	2.2	7.4	45.9	43.7	135	8.1

* Los diez puntos de la escala original se desintegran como sigue: Izquierda 1,2; Centro izquierda 3,4; Centro 5,6; Centro derecha 7,8; Derecha 9,10. Los promedios se computaron antes del agrupamiento de los datos.

TABLA 11.6

Grupos de partidarios más similares-disidentes por país.

	<i>Supermontaje</i>	<i>Similaridad</i>	<i>Distancia</i>
Estados Unidos Dem./Rep.	0.86	0.56	0.08
Suiza PS/PDC	0.56	0.30	0.27
Alemania Occidental SPD/CDU-CSU	0.51	0.26	0.28
Austria SPÖ/OVP	0.46	0.28	0.30
Bélgica PSB-BSP/PSC-CVP	0.57	0.27	0.31
Reino Unido Labor./Conserv.	0.47	0.25	0.33
Holanda Pvda/ARP-CHU	0.45	0.23	0.32
España PCE/CD	0.15	0.08	0.47
Francia PCF/UDR	0.06	0.02	0.57
Italia PCI/MSI	0.12	0.02	0.64
PCI/PLI	0.13	0.07	0.44
Finlandia SKDL/KK	0.11	0.03	0.64

más a la derecha es considerable, y la distancia, modesta: Estados Unidos, Austria, Alemania Occidental, el Reino Unido, Bélgica, Suiza y Holanda. Los valores para los cuatro países restantes claramente los separan de aquellos del primer agrupamiento y los colocan en un segundo agrupamiento caracterizado por cifras de poca superposición y gran distancia.¹³ En el caso de Italia hemos incluido dos conjuntos de valores debido a que la identificación del partido más derechista podría ser controversial. El cómputo del primer valor toma en cuenta a los votantes neo-fascistas, que están excluidos del segundo cómputo en razón de que la importancia sistémica del MSI podría ser dudosa. Nos inclinamos a pensar que el grupo MSI debería ser incluido, si no por otra razón que porque su porcentaje de votos impide que ora una coalición centrista o una izquierdista tenga mayoría en el parlamento italiano. Sea como sea, está claro

¹³ En la explicación no mencionamos explícitamente nuestra segunda medida (similaridad ordinal) en aras de la simplicidad. Esto se permite, porque las tres medidas están relacionadas lógicamente y son empíricamente convergentes. La similaridad ordinal se mantiene, no obstante, en las tablas.

que, aun si descontamos al MSI como irrelevante, la polarización del espectro italiano sigue siendo alta, y el sistema debe ser clasificado como perteneciente a nuestro segundo agrupamiento de países.¹⁴

Una mirada a la composición de estos dos agrupamientos entrega la respuesta a nuestro asunto central, a saber, la relación entre fragmentación y polarización.¹⁵ Es evidente que la primera propiedad es ciertamente un débil indicador de la segunda. En nuestro primer agrupamiento tenemos sistemas con poca fragmentación (Austria, Alemania Occidental, el Reino Unido)¹⁶ y sociedades políticas con considerable fragmentación (Suiza y Holanda).¹⁷ Con todo, estos dos subconjuntos difícilmente difieren en términos de polarización. La razón de esta comunidad en término de polarización es simple, y puede ser fácilmente visualizada en las distribuciones presentadas anteriormente. En esas sociedades políticas los principales partidos relevantes tienen modas que caen en los dos segmentos intermedios del continuo, o en el centro. Por otro lado, los países del segundo agrupamiento tienen al menos un grupo relevante con su moda en uno de los segmentos "externos" (Finlandia, Francia, Italia), o con una segunda moda en el segmento exterior (España). El punto se plantea en forma muy clara en la figura 11.5.

¹⁴ Los valores italianos reflejan el estado de la opinión al término de 1975. Sin embargo, los hallazgos longitudinales de Sani en la dimensión izquierda-derecha indican, en Italia, poca variación en el tiempo: al nivel de la masa, la despolarización aparece como un proceso muy lento (Sani 1977, tabla 3.6, p. 101).

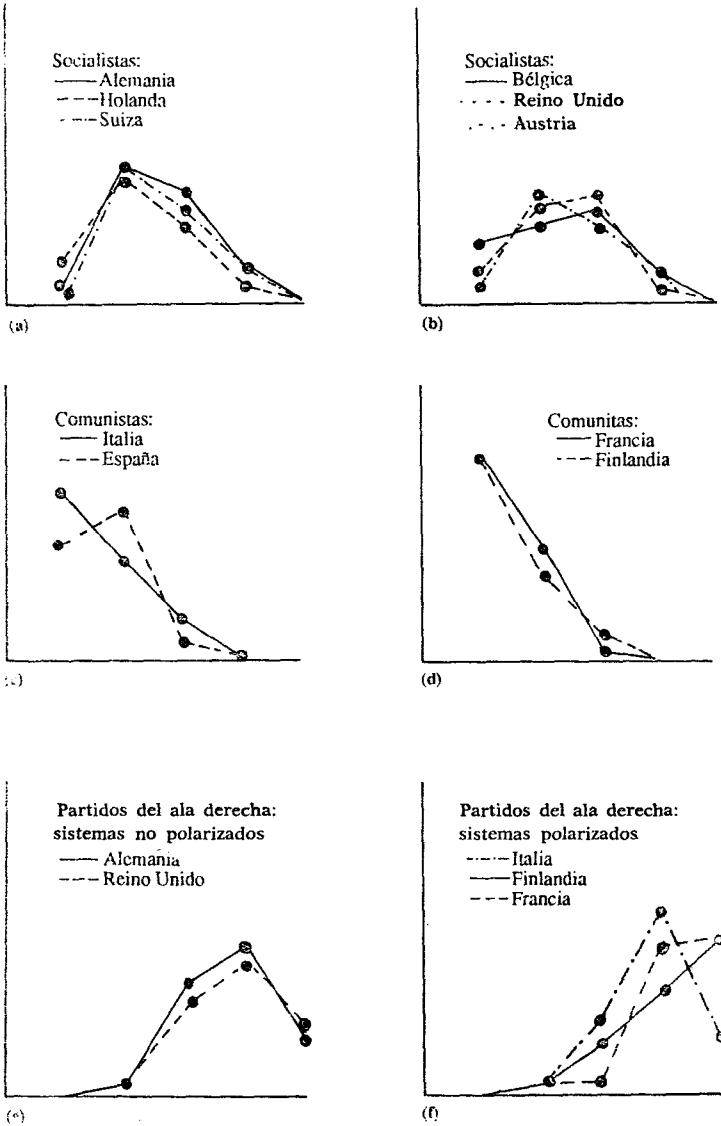
¹⁵ Debería entenderse que en este estudio la medida de fragmentación es entregada, muy simplemente, por el número de partidos relevantes (contados según las reglas de Sartori, véase supra N° 12). No estamos empleando el índice de fraccionamiento de Rae (Rae 1971, pp. 47-64) u otros similares, porque entregan un solo valor y por tanto no permiten una evaluación de la polarización en términos de comparaciones por parejas entre los partidos políticos.

¹⁶ Estamos dejando de lado, a esta altura del argumento, a EE. UU., que claramente destaca como un caso *sui generis*.

¹⁷ Como lo detecta el índice de fraccionamiento de Rae, el primer agrupamiento varía en toda su extensión desde 0.507 (Reino Unido, 0.535 (Austria), 0.582 (Alemania) hasta 0.815 (Suiza) y 0.830 (Holanda). En realidad, el índice entrega un mayor fraccionamiento para dos países en este agrupamiento (Suiza y Holanda) que para los países de nuestro segundo agrupamiento (los polarizados), que tienen valores de 0.668 para Francia, 0.734 para Italia y 0.803 para Finlandia. Los valores son aquellos computados por Taylor y Hudson (1972, p. 48).

FIGURA 11.5

Distribución izquierda-derecha por partidos, a lo largo de los países.



Se podría objetar que la distancia entre los grupos de partidarios de extrema izquierda y de extrema derecha nos indica cuánto se ha extendido el sistema de partido (la propiedad que Sartori denomina "elasticidad de espacio" (1976, pp. 342-51), pero esto no es algo crítico para la teoría de coalición, puesto que en todo caso es improbable que los grupos más disímiles participen en la misma coalición. En un examen posterior, sin embargo, resulta que la polarización, tal como la medimos, es relevante para efectuar coaliciones tanto como lo es para otros aspectos de la vida política. En primer término, si bien es improbable que los grupos más izquierdistas y más derechistas estén en la misma coalición, ellos bien pueden —en forma separada— integrar o apoyar la coalición menos desagradable.¹⁸ Segundo, y en principio, el no disponer de coalición afecta el juego de las coaliciones tanto como disponer de coalición. Tercero, el asunto bien puede ser sometido a investigación empírica observando las diferencias que sí existen entre compañeros potenciales de coalición. Nuestras tres medidas para pares de grupos de partidarios contiguos y/o significativos —en la tabla 11.7— las que pueden observarse se prestan por sí mismas para evaluar este punto.

Como ya ha sido mostrado en la tabla 11.6, en el primer agrupamiento de naciones (Suiza, Alemania Occidental, Austria, Bélgica, el Reino Unido y Holanda) el nivel relativamente alto de superposición/similaridad/cercanía entre los grupos de partido más a la izquierda y más a la derecha necesariamente significa que la comparación concerniente a los otros partidos, intermedios, produce valores aún más altos de similaridad. Para ilustrar esto, si el espectro suizo delimitado por socialistas y católicos es relativamente compacto, la superposición entre estos partidos, el Independiente y el Radical Demócrata, es necesariamente considerable. Lo mismo puede decirse de los liberales en el Reino Unido y en Alemania, y de las otras fuerzas intermedias en Bélgica y Holanda. Sin embargo, cuando volvemos a los países de nuestro segundo agrupamiento nos encontramos con una situación muy diferente. Aquí sólo se encuentran valores altos de los índices superposición/similaridad cuando se comparan grupos partidarios que son adyacentes, ya sea en la izquierda (los grupos comunistas y socialistas en los cuatro países), en el centro (KES y LKP en Finlandia, DC-PLI en Italia, CDP-RI en Francia), o en la derecha (RI-UDR en Francia, LKP-KK en Finlandia). A medida que entramos a considerar otras combinaciones, observamos que estos valores decrecen rápidamente (y, a la inversa, que el valor para la distancia aumenta con igual rapidez). En

¹⁸ La teoría de coalición descarta muy fácilmente el hecho que las coaliciones gubernamentales pueden operar sobre la base de una mayoría diferente, mayor y coalicional que apoya al gobierno (aunque no esté en el gobierno) en actuaciones claves.

TABLA 11.7

Cercanía-distancia entre pares de partidos, por país.

<i>País</i>	<i>Superposición</i>	<i>Similaridad</i>	<i>Distancia</i>
Suiza			
Socialista/Independientes	0.70	0.52	0.09
Independientes/ Demócrata Radical	0.75	0.50	0.12
Demócrata Radical/Católicos	0.84	0.58	0.05
Alemania Occidental			
Socialista/Liberal	0.68	0.48	0.14
Demócrata Cristiano/Liberal	0.64	0.44	0.12
Reino Unido			
Laborista/Liberal	0.66	0.48	0.13
Conservador/Liberal	0.55	0.38	0.18
Bélgica			
Socialista/Liberal	0.69	0.41	0.20
Liberal/Volksunie	0.83	0.58	0.04
Liberal/Social Cristiano	0.74	0.51	0.10
Holanda			
Socialista/Católico (KVP)	0.48	0.27	0.30
Católico/Liberal	0.86	0.66	0.10
Católico/Protestante (ARP/CHU)	0.85	0.60	0.03
Liberal/Protestante	0.91	0.61	0.04
España			
Comunista/Socialista	0.69	0.49	0.13
Comunista/Centro (UCD)	0.15	0.09	0.35
Socialista/Centro	0.32	0.25	0.22
Centro/Coal. Dem. (CD)	0.60	0.49	0.12
Francia			
Comunista/Socialista	0.46	0.33	0.18
Comunista/Centro (CDP)	0.11	0.06	0.34
Socialista/Centro	0.35	0.25	0.17
Centro/Rep. Indep. (RI)	0.70	0.54	0.17
Centro/Gaullistas (UDR)	0.54	0.41	0.22
Rep. Indep./Gaullistas	0.84	0.61	0.06
Italia			
Comunista/Socialista (PSI)	0.71	0.51	0.13
Comunista/Democ. Cristiana (DC)	0.21	0.12	0.38
Socialista/Democ. Cristiana	0.35	0.24	0.28
Socialista/PSDI-Rep. (PR)	0.61	0.42	0.15
Social Democ. (PSDI)-Rep./DC	0.74	0.53	0.13
Democ. Cristiano/Liberal	0.85	0.62	0.07
Democ. Cristiano/Neo-Fascista (MSI)	0.42	0.26	0.27
Liberal/Neo-fascista	0.55	0.37	0.20
Finlandia			
Comunista/Socialista	0.46	0.34	0.18
Comunista/Centro (KES)	0.13	0.07	0.44
Socialista/Centro	0.33	0.23	0.27
Centro/Pueblo Lib. (LKP)	0.88	0.69	0.00
Centro/Conservador (KK)	0.40	0.27	0.21
Pueblo Lib./Conservador	0.50	0.31	0.21

particular, dos cosas sobresalen. La primera es la fuerte disimilitud/distancia entre partido centrista y partidos comunistas en los cuatro países. La segunda es que, de nuevo en los cuatro casos, los grupos de votantes socialistas parecen estar más cercanos a sus vecinos de la izquierda que a los partidos de centro. Sucede, entonces, que nuestras medidas detectan lo más importante para la teoría de coaliciones, que no es sólo la contigüidad de los partidos a lo largo de un ordenamiento dado (el elemento que permite coaliciones más grandes que las "mínimamente ganadoras"), sino que también el grado en el cual partidos adyacentes son similares, o distantes, entre ellos. Este último es el elemento crucial, puesto que establece el grado en el cual los compañeros de coalición pueden "trabajar juntos" (no simplemente sentarse juntos): es decir, si las coaliciones tienden a ser heterogéneas, no aglutinantes y, en consecuencia, discordantes, o, a la inversa, homogéneas, aglutinantes y por lo tanto concordantes.

Podemos concluir de la siguiente manera. Nuestro análisis indica el carácter central de la distinción entre multipartidismo moderado (lo que incluye a dos sistemas de partido) por un lado, y multipartidismo polarizado, por otro. Existe una perfecta correspondencia entre los dos agrupamientos de países clasificados por nuestras medidas y la tipología de Sartori sobre sistemas de partidos competitivos.¹⁹ Si nuestros hallazgos se representan visualmente, es decir, en términos de figuras de distribuciones de los electorados de los países, el primer grupo de países se caracteriza por distribuciones unimodales agrupándose alrededor del centro del espectro izquierda-derecha. Además, los países que caben en la categoría de multipartidismo moderado están todos caracterizados por una **simetría que** —en conjunción con la otra propiedad— sugiere un estado general de no extremización. En forma inversa, el segundo grupo de países —aquellos que caben en la categoría de multipartidismo polarizado— se caracterizan por distribuciones bimodales: al menos una moda gravita fuera del centro. Así podemos decir, en breve, que los países polarizados se caracterizan por la asimetría, por curvas anormales, no en forma de U.

¹⁹ (Sartori 1976, esp. caps. 6 y 8). Con respecto al caso de pluralismo polarizado (multipartidismo) ejemplos adicionales los constituyen la Cuarta República francesa y Chile. El modelo fue perfilado por primera vez en Sartori (1966, pp. 138-40). La esencia de este argumento consiste en que un espacio ideológico pequeño (polarización baja o moderada) establece una estructura centripeta "bipolar" de competencia, en tanto que una gran distancia ideológica (polarización fuerte), ora engendra una estructura "tripolar" de competencia (que gira en torno a un polo central), o, en cualquier caso, una competencia "excéntrica".

3. Multidimensionalidad y competencia

Hemos mostrado en la primera sección que izquierda-derecha es un indicador "sumario" que se recomienda no sólo en términos de economía y comparabilidad, sino también en virtud del hecho que las posiciones izquierda-derecha representan a y se correlacionan con posiciones en esferas de materias sobresalientes. En el grado en que esto sea así, puede afirmarse que la dimensión izquierda-derecha obtiene un status superior, omni-incluyente dentro de la jerarquía de las divisiones. Nuestro argumento no consiste, por cierto, en que todo pueda ser explicado en términos de izquierda-derecha; se trata, más bien, de que es apropiado empezar con la dimensión espacial, y que, cuando otras dimensiones son incluidas dentro del análisis, se debe tener claridad respecto de lo que permanece sin explicación, o necesita ser explicado con un grado de detalle y de precisión que "izquierda-derecha" no puede entregar en y por sí misma.

Puesto que seis de nuestros países (Austria, Bélgica, Alemania, Italia, Holanda y Suiza) tienen partidos con etiquetas religiosas, y puesto que se alude también al caso, bastante a menudo, que la dimensión religiosa representa un factor importante en la política francesa (un argumento que puede ser aplicado a España), la dimensión laico-clerical es con claridad aquella hacia la cual deberíamos movernos ahora. No obstante, dos de nuestros países —Suiza y Bélgica— son multilingües, y este último está también experimentando un intenso conflicto lingüístico-étnico.²⁰ Por tanto, aun cuando menos representado en nuestro universo, la dimensión étnico-lingüística, o división, también se presta a sí misma para evaluación. Sin embargo, no proseguiremos estas exploraciones empíricas, en parte porque problemas de espacio no nos lo permiten, pero también porque estamos más preocupados, aquí, de discutir el valor explicativo de los análisis multidimensionales.

Enfrentamos por tanto inmediatamente la pregunta: ¿qué comprensión adicional, o qué incremento de precisión, alcanzamos cuando nos movemos de la dimensión espacial a las dimensiones clerical-secular y étnico-lingüística? Inmediatamente una respuesta salta a la vista: que a lo largo de la ordenación izquierda-derecha tenemos casos (especialmente en Suiza y en Holanda) de "apiñamiento de partidos", es decir, de partidos que no encuentran adecuada distinción en términos de izquierda-derecha. Esto se hace muy evidente en nuestras medidas de superposición, las cuales indican, por ejemplo, que es difícil distinguir a los liberales holandeses del KVP (ca-

²⁰ Finlandia también exhibe un Partido Sueco (con resultados que varían entre el 5 y 7 por ciento), lo que no plantea, sin embargo, problemas étnicos o lingüísticos del mismo orden que en Bélgica y Suiza, lo que se debe no en menor parte a su concentración en un bolsón determinado.

tólicos), el ARP y el CHU (protestantes). De manera que aceptemos de inmediato que la introducción de la dimensión laico-clerical aumenta la precisión de nuestro análisis al permitirnos desenredar los apañamientos de partidos donde ellos ocurran, generalmente en los países con alta fragmentación y corto espacio izquierda-derecha.²¹ Y el mismo argumento puede aplicarse bien a dimensiones adicionales, sean étnicas u otras. Sin embargo, los que proponen tratamientos multidimensionales generalmente y de manera muy importante los llevan a relacionarlos con la teoría de la competencia de partidos (y, por extensión, de la democracia). Es ahí, entonces, que el asunto se une.

La controversia gira crucialmente en torno a esta interrogante: como regla, ¿compiten los partidos entre ellos a lo largo de una dimensión primaria —izquierda-derecha— o es esa competencia irreductiblemente multidimensional? Para abreviar, ¿cuál es, o cuáles son, las dimensiones en las cuales los partidos compiten? Desde el enfoque de la división el asunto se replantea mejor así: ¿cuántas dimensiones de división son relevantes para la competencia de partidos?

Para responder, parece crucial una distinción: a saber, la diferencia entre (1) dimensión o esfera de identificación, y (2) dimensión o espacio de competencia. La *esfera de identificación* plantea la interrogante: ¿qué electores se identifican con un partido dado en, o bajo, una dimensión cualquiera? Aquí distinguimos entre partidarios identificados y no identificados; clasificamos a los primeros, y el hallazgo más probable consiste en que la mayoría sino todos los países presentan muchas dimensiones de identificación partidaria (ideológica, religiosa, étnica, lingüística, subcultural, centro-periferia, etc.). Por vía de contraste, el *espacio de competencia* plantea por último la interrogante: ¿a lo largo de cuáles dimensiones se sitúan los partidarios no identificados o votantes flotantes respecto de los cuales vale la pena competir? Ciertamente que las dos preguntas son complementarias, aunque divergen en el hecho que la competencia que se percibe como algo que vale la pena (por parte de los líderes de partido) es improbable que ocurra a lo largo de dimensiones en las cuales los votantes se supone que están —precisamente porque se han identificado— fuera de alcance. Se desprende de esta distinción que el descubrir que los electorados están distribuidos en múltiples dimensiones de identificación no prueba en lo mínimo que los partidos también compitan a lo largo de las mismas dimensiones. Dicho en forma inversa, el espacio de competencia bien puede ser un espacio único, indiferentemente a cuántas dimensiones de división y/o de identificación existan.

²¹ Hemos realizado este análisis en otra parte (Sani y Sartori 1978, pp. 336-61), donde uno puede ver cómo la dimensión religiosa clasifica a diferentes grupos de partidos (figura 5, p. 355).

Será también necesario clarificar el asunto con respecto a (1) cuál es la estructura de división que importa para los problemas entre manos, y (2) cómo entendemos la competencia.

Puesto que la creciente complejidad de la literatura sobre divisiones es algo enredada y seguramente demasiado desordenada para nuestros propósitos,²² nos quedaremos con la simple distinción entre divisiones de corte transversal (que implican lealtades múltiples y neutralizantes) y divisiones acumulativas-coincidentes (que se refuerzan entre sí), con la salvedad adicional de que el último tipo comprende dos subtipos: **conflictivo** y **aislante**. La última distinción está inspirada en la literatura sobre democracia consociativa, la cual se lee de la siguiente manera: algunas sociedades son típicamente "sociedades segmentadas";²³ y lo que hay de típico en ellas es precisamente que, a pesar de mostrar una estructura de división acumulativa (en vez de una de corte transversal), sus divisiones son aislantes, no conflicto-maximizadoras.²⁴ Es irrelevante para nuestro argumento si los subtipos conflictivo versus aislante de una estructura de división acumulativa representan diferencias en la naturaleza de las divisiones, o los efectos de diferentes manejos de conflictos, a saber, orientaciones de élite conflicto-maximizadoras versus conflicto-minimizadoras. En cada caso, el punto es que la coincidencia de divisiones puede impedir fricciones antes que acentuarlas.²⁵

En cuanto la noción de competencia, conviene distinguir, como se verá, entre (1) *competencia defensiva*, primariamente dirigida a no perder votantes, y (2) *competencia expansiva*, primariamente dirigida a ganar votantes.

Podemos ahora pasar a una breve evaluación país por país, empezando por Austria, puesto que ocurre que es el único caso de bipartidismo a lo largo de Europa continental. Nadie duda que Austria se caracteriza por una división laico-clerical. Con todo, con las distinciones que hemos recientemente establecido, la cuestión

²² Véase especialmente Rae y Taylor (1970). También estamos algo confundidos con el reciente tratamiento que le da Lijphart a la estructura de división de las democracias consociacionales (Lijphart 1977a, pp. 75-99).

²³ Este es el término coincidentemente sugerido por Daalder (1966b), y Lorwin (1971). Encontramos que "sociedad plural" es un término menos distintivo y menos feliz.

²⁴ Nos damos cuenta que ésta es sólo una de las lecturas posibles de la literatura consociacional cubierta, por ejemplo, en McRae (1974), y evaluado por Daalder (1974). Proponemos, por otro lado, que en nuestra lectura una cantidad de argumentos discordantes y de hallazgos cobran su verdadera ubicación.

²⁵ La implicación del argumento es que las correlaciones que miden el ángulo de superposición de pares de división (donde una alta correlación indicaría una estructura de refuerzo, y no correlación una transversal) todavía no podría captar la diferencia entre el tipo de divisiones aislante y el conflictivo.

se transforma en cómo esta esfera de identificación afecta la interacción competitiva. Y si la noción de competencia es enfocada hacia cuáles votantes es susceptible ganar o perder, uno puede decir ya sea que Austria tiene muy poco *en* competencia (como lo confirma la estabilidad de sus resultados electorales, más el hecho que Austria es bipartidista a pesar de tener un sistema electoral de representación proporcional), o que su competencia es fundamentalmente "defensiva" (defensiva del tipo Lager de aislación). Sin embargo, puesto que un tipo defensivo de competencia —aquella que toca a la identificación laico-clerical de los votantes— deja al ganador que gane y al perdedor que pierda, la inferencia plausible es que la dimensión provechosa y "dinámica" de la competencia es la dimensión izquierda-derecha.

Bajo una cantidad de medidas, la bipartidista Austria y la tripartidista Alemania parecen sorprendentemente similares. Aunque Alemania definitivamente no tiene una estructura de división aislante. Por esta razón, entre otras, la República de Bonn exhibe, en el tiempo, cambios importantes en la votación. Hace unos quince años, complejas simulaciones computacionales (proyecciones) predecían que no podía esperarse que la votación socialista superara el nivel del 40 por ciento, y que era probable que permaneciera en el área del 35 por ciento. Sólo unos pocos años después la predicción fue cruelmente contradicha por la victoria del SPD sobre el CDU-CSU. La implicación parece clara: los partidos alemanes no están empeñados en la competencia defensiva dirigida al electorado identificado o a las subculturas, sino en el tipo dinámico y expansivo de competencia. Así, el CDU alemán casi no guarda parecido con el VPO austríaco: este último se destaca como un partido católico y de hecho como un partido clerical, en tanto que el CDU ha aminorado no sólo su específico antecedente católico, sino que de hecho su antecedente genérico religioso, de manera tal como para tener éxito en atraer bajo su paraguas a votantes católicos, protestantes y laicos. Podemos decir, gráficamente, que el CDU se compara con el VPO de igual modo que un partido "cajón de sastre" con un partido "que sólo tiene medidas para sí mismo".

El asunto es, entonces, que Alemania se caracteriza por un desarrollado espacio de competencia izquierda-derecha en el cual, o por la cual, las identificaciones religiosas son generalmente irrelevantes. En contraste, se puede decir que Austria se caracteriza por poca competencia izquierda-derecha (dado el poderío de la intromisión de la dimensión clerical-secular en la dimensión izquierda-derecha). La diferencia crucial reside en la manera como las dos dimensiones encajan una con la otra. En Alemania el espacio de competencia pone poca atención a las identificaciones religioso-laico: para los propósitos competitivos, las dos esferas están débilmente conectadas. En Austria, en cambio, la intromisión de la religión en la ideología (izquierda-derecha) es tal, que no permite

ganar mucho, y en este sentido hay poco en competencia. Esto sucede así, especifiquemos, no sólo porque Austria muestra una estructura de división aislante, sino también porque ocurre que sus subculturas laica y católica tienen casi la misma fuerza.

Esta última observación introduce a Holanda en una decidora comparación con Austria. En términos de sus respectivas fragmentaciones de partido, los dos países se apartan bastante: Holanda es altamente fragmentada (cinco o seis partidos relevantes),²⁶ en tanto Austria es bipartidista. No obstante, los dos países comparten —se ha dicho— una propiedad común: en ambos casos se trata de sociedades segmentadas con divisiones de la variedad aislante. Sin embargo, Holanda es polisegmentada, con dos o tres subculturas religiosas en vez de una. Esto implica que la distribución casi pareja de fuerzas subculturales que se da en Austria no se da en Holanda. También, los cercos aislantes de Austria son aún algo impermeables, en tanto que la estructura de división aislante de Holanda se ha roto; a medida que nuevas generaciones ingresan a la arena política, las represas de identificación, especialmente las católicas, pero también las protestantes, se desgastan. Por todos estos respectos, una competencia defensiva (dirigida o no alinear al electorado identificado) puede aún valer la pena en Austria, en tanto que en Holanda los partidos religiosos (pero especialmente el KVP) están forzados a correr el riesgo de competir a lo largo de la dimensión izquierda-derecha. Se puede decir igualmente que por ahora en Holanda hay mucho (no poco) en competencia. Por otro lado, Holanda aún tiene que recorrer mucho antes de llegar a parecerse a Alemania; es decir, antes de entrar a una acabada competencia izquierda-derecha desconectada en gran medida de las identificaciones religiosas. Mientras el CDU alemán no provoca ni a la subcultura protestante ni a la laica, en Holanda los “segmentos” católicos, protestante y laico permanecen como segmentos, es decir, como subculturas que interfieren en las afiliaciones partidarias.

Otra comparación que vale la pena es aquella entre Holanda e Italia. Ambos países son altamente fragmentados; ambos países muestran sin lugar a dudas una esfera religiosa de identificación; y con todo, éstas resultan ser, en nuestro análisis, similitudes superficiales. A pesar de mostrar un partido católico dominante (la DC), difícilmente puede ponerse en duda que en Italia es la dimensión izquierda-derecha la que prevalece enteramente en los aspectos

²⁶ Durante la última década han surgido “sextos partidos” que han sido generalmente efímeros. En el momento de la encuesta, los Radicales (PPR) habían obtenido el 4.8 por ciento del voto; pero descendieron al 1.7 por ciento en 1977. El único de los partidos nuevos que aparentemente ha afincado raíces es el de los Demócratas del 66. Es por esto que hablamos de cinco o seis partidos “relevantes”.

tos competitivos²⁷ de igual manera como sucede en Alemania. Puede argumentarse, por tanto, que con respecto a la conexión-desconexión entre los ámbitos religiosos e izquierda-derecha, Italia está más cerca a Alemania que a Holanda; pero si esto sucede así, se debe a razones muy diferentes. La DC italiana, al contrario de la CDU alemana, se resiente con la subcultura laica. No obstante, Italia es un país fuertemente polarizado, en el cual la DC representa, para muchos de sus votantes, el "polo de seguridad". De manera que en Italia es la polarización (ideológica) izquierda-derecha la que desconecta la dimensión laico-clerical de la izquierda-derecha.

Si consideramos a Suiza, tal vez sea suficiente decir que aparece, en nuestra perspectiva, como un país caracterizado por haber muy poco en competencia o bien por aspectos peculiares y *sui generis*: a saber, su completa descentralización, y de hecho dispersión, al nivel cantonal. Si es éste el caso, debemos ser particularmente cautos en hacer inferencias de medidas agregadas, y abandonaremos con esta advertencia el caso suizo. Dentro de nuestro grupo de países nos queda, así, sólo un caso claro de competencia multidimensional: Bélgica. Ello está suficientemente certificado por el hecho que cada uno de los partidos tradicionales belgas ahora se ha subdividido, o se ha reproducido, a lo largo de líneas étnico-lingüísticas.²⁸

Lo anterior es suficiente para mostrar —confiamos— que estamos muy lejos de descartar o desestimar la relevancia de la estructura de división. Así y todo hemos encontrado un solo país —Bélgica— en el cual dos dimensiones de identificación se traducen claramente en dos dimensiones de competencia. ¿Cómo vamos a responder, entonces, a la pregunta inicial? En otras palabras, ¿cuántas dimensiones de división, y cuáles, son relevantes para la competencia de partidos? Podemos responder inmediatamente que en la mayoría de los casos una comprensión multidimensional de cómo los partidos compiten entre sí parece "calzar" menos con la realidad que la explicación unidimensional izquierda-derecha. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que nuestra respuesta depende mucho de cómo concebimos y definimos competencia.

En el curso de nuestra argumentación hemos distinguido entre una "competencia defensiva", inclinada a mantener al electorado identificado (específicamente a lo largo de las dimensiones laico-religioso, pero, en principio, a lo largo de cualquiera dimensión), y

²⁷ Esto es mostrado, entre otros, por Barnes (1971) y Sani (1974). Bastará recordar que la DC ha maniobrado constantemente, desde los últimos años de la década del 50, para establecer una imagen "de centro hacia la izquierda".

²⁸ No nos detendremos en Francia y en Finlandia, porque ninguno de estos países tiene partidos religiosos. De una manera un tanto sorprendente, tampoco ha logrado materializarse en España. Con respecto a estos países, por tanto, se sostiene mejor el caso de competencia unidimensional.

una competencia adquisitiva o "expansiva". ¿Son éstas lo suficientemente similares como para referirse a ellas de la misma manera? Es decir, ¿son las dos "competencia"? Para ilustrar esto, ¿acaso los partidos protestante y católico compiten entre ellos en Holanda (cuando y hasta que lo hicieron) de la misma manera en que los partidos Laborista y Conservador compiten en Inglaterra? De igual modo, ¿tiene sentido decir que los partidos Socialista y Católico de Austria compiten entre ellos como los partidos de Estados Unidos lo hacen? O, para formular la perplejidad desde un ángulo un tanto diferente, ¿contra quién y por cuáles recompensas debería la DC italiana competir en terrenos religiosos? La opción entonces consiste en reducir, y por la misma razón hacer más preciso, el concepto de competencia. En esta opción, la "competencia" es tal sólo cuando los partidos *asumen riesgos* en el *terreno común* en el cual pueden ganar o perder votantes. Según este argumento no puede haber competencia más allá de o sin un mercado compartido. Y si este argumento es aceptado, entonces una competencia defensiva que presuponga mercados separados (o no mercados) aparece como un tipo muy dudoso de competencia. A lo más, se trata de una manifestación o aspecto secundario de la competencia.

De seguro, esta respuesta puede ser percibida como simplificación excesivamente drástica que implica abiertamente pérdidas en complejidad y detalles. La simplificación deriva del hecho que la distinción entre esfera de identificación y espacio de competencia ha sido hecha en forma dicotómica, encubriendo la permeabilidad e intensidad de las identificaciones. A saber, las identificaciones partidarias del electorado pueden ser fuertes pero también débiles; y los últimos con toda seguridad están dentro del alcance de una contienda competitiva. Además, una persona refractaria a cambios que siempre ha votado por el mismo partido puede no estar identificada con un partido; y esto constituye una incertidumbre que bien puede impulsar a los dirigentes de partido a probar, de manera competitiva, si los refractarios al cambio están identificados o no. A la luz de estas consideraciones, el concepto más amplio de competencia se reintroduce y alcanza su justificación. Si así sucede, la respuesta a nuestra pregunta sería que, mientras el Reino Unido y Finlandia son unidimensionales, y Alemania está muy cerca de serlo, a Italia, Austria, Holanda y tal vez Francia y España se las entiende mejor como poseyendo un espacio competitivo bidimensional, aunque de rango desigual (la dimensión izquierda-derecha es central, la laico-clerical, comprimida) y de tipo diferente (adquisitivo versus defensivo). Por otro lado, sea con el sentido restringido o el amplio de la definición de competencia, Bélgica es actualmente bidimensional,²⁹ mientras que, en el otro extremo, Estados Unidos resulta ser

²⁹ Entre los países no cubiertos por nuestros datos, otro ejemplo sería Israel.

—dada la irrelevancia competitiva de la dimensión religiosa, y la naturaleza ampliamente no ideológica de su electorado— el país característicamente abierto al voto en torno a materias.

Ya que las dos posturas son, como están formuladas, compatibles y convertibles la una en la otra, la opción puede ser dejada como está. Sin embargo, sería algo apresurado descartar el asunto como mera materia de definición. Ambas posturas tienen aspectos a favor y en contra, y son diferentes en el hecho que su importancia predictiva y teórica resultan ser diferentes. Por ejemplo, si afirmamos que todos nuestros países (excepto uno) son, competitivamente, unidimensionales, el inconveniente consiste en forzar más o menos drásticamente la evidencia, pero la ventaja consiste en que "competencia" es despojada de una gran ambigüedad que ha plagado hasta ahora la discusión. De igual manera, el forzamiento unidimensional aparentemente empobrece nuestra total comprensión, y con todo puede mostrar una mayor potencia predictiva. Finalmente, la simplificación unidimensional puede mantenerse, a pesar de su sabor restrictivo, sobre la base que ayuda a despejar los desarrollos formalizados de la teoría espacial de la competencia (de la variedad de juego-elección racional) de su actual estancamiento, es decir, su falta de habilidad para arreglárselas con sistemas electorales de representación proporcional (PR) multipartidistas.

4. *Democracia funcional**

¿Cuál es la relación de la polarización y la competencia —como se ha tratado en este ensayo— con la teoría empírica de la democracia? Puesto que ésta era nuestra clave inicial, nos toca responder de ello en nuestra conclusión.

La fragmentación pone trabas al "funcionamiento" de la democracia si, y sólo si, expresa polarización. Cuando no lo hace, es decir, cuando una organización política califica como de poca polarización según las medidas para ello, entonces una democracia puede funcionar aun cuando su sistema de partidos sea fragmentado, su estructura social segmentada, y su cultura política no homogénea. La calificación que importa es aquella según la cual la polarización que cuenta es la que entra en el espacio de la competencia de partidos. Si una democracia está polarizada o casi polarizada a lo largo de otras dimensiones, y específicamente respecto a las dimensiones de identificación, puede aun actuar como una democracia funcional y estable. Por cierto, la existencia de polarizaciones latentes políticamente (competitivamente) afecta las posibilidades de duración

* *Working democracy*. La expresión *working* se ha traducido aquí y más adelante como "funcional" y "funcionamiento". (N. del T.)

de un estado aún existente de estabilidad. Con todo, la "polarización potencial" permanece como tal en tanto que los líderes de partido no la conduzcan a una prominencia y visibilidad competitiva.

Lo anterior no implica que la fragmentación de partidos sea un débil indicador y una variable irrelevante. La "ley", según la cual una alta fragmentación engendra coaliciones inestables, las que son conducentes, a su vez, a un gobierno ineficaz, y por tanto a una democracia inmóvil, no funcional, es en verdad una ley débil, fuertemente debilitada por frecuentes excepciones.³⁰ No obstante, la fragmentación de partidos permanece como una importante variable por derecho propio, a condición que se le conciba, dentro de la teoría de la democracia, como una variable interviniente. La fragmentación simplemente "causa" gobierno de coalición— y no hay nada inherentemente disfuncional en ello. Que las coaliciones funcionen o no depende, menos que de cualquier otro simple factor, de si los compañeros de coalición son cercanos o lejanos entre ellos, es decir, de si las coaliciones son homogéneas o heterogéneas. De nuevo aquí, el factor decisivo es la polarización.

Se ha dado el argumento de que no sólo la fragmentación, sino también la polarización, pueden ser manejadas "consociativamente". No está claro si los que proponen esta situación distinguen entre fragmentación y polarización. Pero si se hace la distinción, y se entiende que la variable clave es la polarización, entonces no poseemos evidencia convincente de que las élites consociativas puedan superar un estado de extrema polarización. Por cierto, lo que no ha sucedido en el pasado puede suceder aun en el futuro. Con todo, la hipótesis según la cual la polarización puede ser curada por prácticas consociativas de élite de alguna manera se contradice, porque el contra-argumento bien podría consistir en que un estado de polarización apunta hacia, y es el resultado de, orientaciones conflictivas e intrínsecamente hostiles de la élite. Sea como sea, la pregunta preliminar y aún no respondida es: ¿dónde está lo distintivo de la democracia consociativa?". Lijphart ubica a este tipo entre la democracia centrípeta y la centrífuga.³¹ En esta perspectiva, la democracia consociativa resulta ser un tipo de la democracia centrípeta: evita, a pesar de las condiciones desfavorables, la centrifugación. Hasta este punto, sin embargo, nuestra completa teo-

³⁰ Cf. Dahl (1971, p. 123): "en cualquier país donde la política competitiva esté acompañada de un sistema de partido altamente fraccionado... las posibilidades de un cambio hacia un régimen hegemónico son más bien altas".

³¹ Lijphart (1968b, p. 38; 1977a, pp. 105-6). Curiosamente, aun en su reciente obra, Lijphart deja sin explicar cómo "centrípeta" y "centrífuga" entran en su visión. Comportamiento de élite "adversarial" es, por supuesto, conflicto-maximizante; pero permanece obscuro cómo pasamos de ahí a centrifugación.

ría sobre las causas del éxito y la decadencia de la democracia todavía suena a tanto como decir que la fragmentación genera inestabilidad —a excepción de cuando no lo hace.

Sin embargo, cuando se reemplaza la fragmentación por polarización, la "ley" se transforma en que el funcionamiento (de mejor a peor) de la democracia es una *función de su polarización competitiva*, y que, a medida que nos movemos de una democracia "fácil" (no polarizada ni fragmentada) a una democracia "difícil", la variación mayor es introducida por dos tipos de manejo de conflictos: la regla de mayoría y el consociacionalismo. Esto equivale a determinar dos tipos de democracia (de procedimiento): (1) democracia de regla de mayoría (dentro de los límites por supuesto, de los derechos de la minoría), que responde a condiciones fáciles, y (2) democracia consociacional, o democracia no de regla de mayoría,³² que responde a segmentación social, heterogeneidad subcultural y/o a estructuras de división acumulativa. La pregunta sigue siendo si existe una respuesta, o una cura, también para la polarización extrema, para el caso del pluralismo polarizado. Tendremos que dejar esta pregunta diciendo que es injustificado suponer que lo que es aplicable a un estado de alta fragmentación sea igualmente aplicable a un estado de alta polarización.

Debemos concluir. La manera más corta de resumir lo que nuestra evidencia va a respaldar, ya sea directamente o por inferencia, es presentar nuestros argumentos en la forma de reglas, así como sigue:

(1) La democracia funcional y la polarización se encuentran inversamente relacionadas, a condición de que la polarización en cuestión defina un espacio de competencia.

La cuestión entonces se centra en las *condiciones de polarización*, las que pueden ser establecidas de la siguiente manera.

(2) La polarización es impedida por divisiones transversales, neutralizada por "aislamiento", y reforzada por divisiones acumulativas que no son aislantes (per se) ni aisladas (por élites).

(3) La polarización es poco probable en una cultura política homogénea, pero no surge necesariamente de la fragmentación cultural, puesto que la heterogeneidad cultural puede ser manejada consociacionalmente.

Dicho ya todo, este capítulo sugiere (1) que la mejor variable explicativa para una democracia estable versus inestable, funcional versus no funcional, exitosa versus inmóvil, y fácil versus difícil,

³² La frecuencia y el grado en el cual la "democracia de regla de mayoría" no se aplica, o no es aplicada, es muy bien traída a colación por Nordlinger (1972). Estamos sugiriendo también que lo distintivo del tipo de Lijphart resalta mejor en la perspectiva de la toma de decisiones que en un contexto centrifugo-centrípeto.

es la polarización; (2) que la polarización que importa generalmente es de la variedad izquierda-derecha; y (3) que esto sucede generalmente porque la imagen espacial subsume en este ordenamiento, sin considerar la esfera de origen, los asuntos que adquieren importancia política.